


JAMIE McGUIRE

Traducción de
Ana Alcaina

Un millón de estrellas

amazon crossing 

Un
millón
de estrellas

JAMIE
McGUIRE

Traducción de
Ana Alcaina

amazon crossing 

Título original: *All the Little Lights*

Publicado originalmente por Montlake Romance, Estados Unidos, 2018

Edición en español publicada por:

AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl

5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg

Octubre, 2018

Copyright © Edición original 2018 por Jamie McGuire

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2018 traducida por Ana Alcaina

Adaptación de cubierta por PEPE *nymi*, Milano

Imagen de cubierta © EschCollection © danm/Getty Images; © kaisorn/Shutterstock

Producción editorial: Wider Words

Primera edición digital 2018

ISBN: 9782919803361

www.apub.com

SOBRE LA AUTORA

Jamie McGuire nació en Tulsa, Oklahoma, y estudió en el Northern Oklahoma College, la Universidad Central de Oklahoma, y el Autry Technology Center, donde se graduó en Radiografía. Pionera del género Young Adult, es la autora superventas de la serie Beautiful, compuesta por los libros *Maravilloso desastre*, *Inevitable desastre* y *Un desastre es para siempre*, así como de la serie de Los hermanos Maddox. Jamie fue la primera autora indie de la historia en firmar un acuerdo de publicación en papel con el gigante minorista Walmart.

Entre los premios que ha recibido se incluye el galardón a la mejor distopía del año 2014 UtopYA por *Red Hill* y a la mejor novela romántica del año 2016 de iBooks por *Beautiful Burn*.

Sus libros se han traducido a cincuenta idiomas y *Un millón de estrellas* es su primera novela traducida al español con el sello AmazonCrossing. Actualmente, Jamie vive en Colorado con su esposo, Jeff, y sus tres hijos.

Para saber más sobre la autora, visita su página web www.jamiemcguire.com, o síguela en Twitter [@JamieMcGuire](https://twitter.com/JamieMcGuire).

*A Eden McGuire, la persona más fuerte a la que he tenido
el honor de conocer*

ÍNDICE

[PRÓLOGO ELLIOTT](#)
[CAPÍTULO 1 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 2 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 3 ELLIOTT](#)
[CAPÍTULO 4 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 5 ELLIOTT](#)
[CAPÍTULO 6 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 7 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 8 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 9 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 10 ELLIOTT](#)
[CAPÍTULO 11 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 12 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 13 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 14 ELLIOTT](#)
[CAPÍTULO 15 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 16 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 17 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 18 ELLIOTT](#)
[CAPÍTULO 19 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 20 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 21 ELLIOTT](#)
[CAPÍTULO 22 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 23 ELLIOTT](#)
[CAPÍTULO 24 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 25 ELLIOTT](#)
[CAPÍTULO 26 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 27 CATHERINE](#)
[CAPÍTULO 28 CATHERINE](#)

[CAPÍTULO 29 CATHERINE](#)

[CAPÍTULO 30 CATHERINE](#)

[CAPÍTULO 31 CATHERINE](#)

[CAPÍTULO 32 CATHERINE](#)

[CAPÍTULO 33 CATHERINE](#)

[CAPÍTULO 34 CATHERINE](#)

[CAPÍTULO 35 CATHERINE](#)

[CAPÍTULO 36 ELLIOTT](#)

[CAPÍTULO 37 CATHERINE](#)

[EPÍLOGO CATHERINE](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

PRÓLOGO

ELLIOTT

El viejo roble al que me había subido era uno de los muchos que flanqueaban la calle Juniper. Había escogido ese gigante de madera en concreto porque estaba justo al lado de una valla blanca, una valla con la altura justa para apoyarme y, desde allí, encaramarme a la rama más baja. Daba igual que tuviera las palmas de las manos, las rodillas y las espinillas llenas de rasguños y de sangre por el roce con la corteza rugosa y las ramas afiladas, porque sentir el escozor del viento en mis heridas abiertas me recordaba que había peleado y ganado. Era la sangre lo que me molestaba; no porque fuera un chico aprensivo, sino porque tenía que esperar a que las heridas dejaran de sangrar para no manchar mi cámara nueva.

Diez minutos después de haberme acomodado en aquel tronco, haciendo equilibrios con el trasero a casi siete metros del suelo sobre una rama que tenía más años que yo, cesó el derrame del líquido rojo. Sonreí. Por fin podía manejar mi cámara como era debido. No era nueva del todo, sino un regalo adelantado que me había hecho mi tía por mi undécimo cumpleaños. Normalmente la veía dos o tres semanas después de mi cumpleaños, para Acción de Gracias, pero ella odiaba darme los regalos con retraso. La tía Leigh odiaba muchas cosas, salvo a mí y al tío John.

Miré por el visor, al tiempo que lo paseaba por las interminables hectáreas de hierba, trigo y colinas onduladas. Había un callejón improvisado detrás de las vallas de las ca-

sas que poblaban la calle donde vivía mi tía. Dos hileras de huellas de neumáticos que bordeaban una franja de hierba eran lo único que separaba los jardines traseros de nuestros vecinos de un mar interminable de campos de trigo y colza. Era un paisaje monótono, pero cuando el sol se ponía y las salpicaduras de naranja, rosa y púrpura coloreaban el cielo, estaba seguro de que no había en el mundo un lugar más bonito.

Oak Creek no era el decepcionante páramo de desolación que describía mi madre, sino una sucesión de «antes», en alusión a un pasado más glorioso: en Oak Creek «antes» había una zona comercial, «antes» había una cadena de supermercados baratos, «antes» había una sala de máquinas recreativas, «antes» había pistas de tenis y un sendero peatonal que rodeaba uno de los parques, pero ahora todo eran edificios vacíos y ventanas tapiadas. Solo habíamos ido de visita cada dos Navidades, antes de que las peleas entre mi padre y mi madre fuesen de mal en peor, hasta el punto de que mamá decidió que ya no quería que yo fuese testigo de ellas. Las discusiones parecían ser mucho peores en verano. El primer día de las vacaciones de verano mi madre me dejó en casa del tío John y la tía Leigh, después de una discusión con mi padre que se prolongó toda la noche, y reparé en que no se quitó las gafas de sol en ningún momento, ni siquiera dentro de la casa. Fue entonces cuando supe que aquello era algo más que una simple visita, que iba a quedarme allí, y cuando deshice la maleta, la cantidad de ropa que contenía confirmó mis sospechas.

El cielo justo estaba empezando a oscurecerse y tomé varias fotos, manipulando los ajustes de mi cámara. La tía Leigh no era la mujer más cariñosa y espléndida del mundo, pero se compadeció lo bastante de mi situación como para regalarme una cámara decente. Tal vez lo hiciera con la esperanza de que pasara más tiempo fuera de la casa, pero no me importaba. Mis amigos pedían la PlayStation o un iPhone y estos aparecían como por arte de magia. Yo,

en cambio, casi nunca conseguía lo que pedía, así que tener aquella cámara en mi poder era algo más que un regalo: significaba que alguien me escuchaba y que había prestado atención a mis deseos.

El ruido de una puerta al abrirse distrajo mi atención del sol crepuscular y vi a un padre y una hija mantener una conversación en voz baja mientras salían al jardín trasero de la casa. El hombre llevaba en la mano un bulto pequeño, envuelto en una manta. La niña estaba lloriqueando y tenía las mejillas húmedas. Me quedé inmóvil, sin respirar siquiera, por miedo a que me vieran y les estropease el momento íntimo que estaban a punto de compartir. Fue entonces cuando advertí el hoyo junto al tronco del árbol, al lado de una pequeña pila amontonada de tierra roja.

—Con cuidado —dijo la niña. Tenía el pelo entre rubio y castaño, y el rojo que rodeaba sus ojos por culpa del llanto hacía que relumbrase el verde del interior.

El hombre metió el pequeño bulto en el hoyo y la niña se puso a llorar.

—Lo siento, princesa. Bobo era un buen perro.

Apreté los labios. La risa que estaba reprimiendo era inoportuna, pero lo cierto era que me parecía gracioso que fuesen a celebrar un entierro por algo con un nombre tan ridículo.

De pronto, dejando que la puerta de atrás se cerrara de un portazo a su espalda, apareció una mujer con unos rizos oscuros muy marcados, aún más encrespados por la humedad. Se secó las manos con un trapo de cocina que llevaba sujeto a la cintura.

—Ya estoy aquí —dijo, sin resuello. Se quedó inmóvil, mirando al hoyo—. Ah. Que ya habéis... —Palideció y se dirigió a la hija—: Lo siento muchísimo, cariño. —Mientras la madre miraba a Bobo, cuya patita asomaba por debajo del arrullo en el que lo habían envuelto, parecía cada vez más disgustada—. Pero no puedo... No puedo quedarme.

—Mavis... —dijo el hombre, alargando la mano para tocar a su mujer.

El labio inferior de Mavis temblaba.

—Lo siento mucho.

Volvió al interior de la casa.

La niña miró a su padre.

—No pasa nada, papá.

El hombre abrazó a su hija.

—Los entierros siempre han sido muy duros para ella. La dejan destrozada.

—Y Bobo era como su hijo antes de que me tuviera a mí —dijo ella, secándose las lágrimas—. No pasa nada.

—Bueno... Deberíamos decir unas palabras de despedida. Gracias, Bobo, por ser tan bueno con nuestra princesita. Gracias por esconderte debajo de la mesa para comer te sus verduras...

La niña miró de reojo a su padre, y él a ella.

—Gracias —prosiguió él—, por todos los años de juegos, por ser un amigo fiel y...

—Por los abrazos de todas las noches —dijo ella, secándose la mejilla—. Y por los besos. Y por tumbarte a mis pies mientras hacía los deberes, y por alegrarte siempre tanto de verme cuando volvía a casa.

El hombre asintió con la cabeza y luego tomó la pala que estaba apoyada en la valla y empezó a llenar el hoyo.

La niña se tapó la boca, sofocando el llanto. Cuando su padre hubo terminado, permanecieron unos minutos callados; luego, ella preguntó si podía estar sola y él accedió y regresó al interior de la casa.

Ella se sentó junto a la pila de tierra, arrancando briznas de hierba, a solas con su tristeza. Quise mirarla a través del visor y captar ese momento, pero entonces ella habría oído el clic de la cámara y yo parecería un friqui obseso o algo peor, así que me quedé inmóvil y le dejé dar rienda suelta a su dolor.

Se sorbió la nariz.

—Gracias por protegerme.

Fruncí el ceño, preguntándome de qué habría tenido que protegerla el perro, y si aún necesitaba protección. Tenía más o menos mi edad, y era más guapa que cualquiera de las niñas de mi escuela. Me pregunté qué le habría pasado a su perro, y cuánto tiempo llevaría viviendo en la casa gigantesca que se elevaba con aire imponente sobre el jardín de la parte de atrás y proyectaba su sombra encima de las casas del otro lado de la calle cuando el sol se desplazaba hacia el cielo de poniente. Me molestaba no saber si estaba sentada allí fuera en el suelo porque se sentía más segura con su perro muerto que dentro.

El sol se perdió de vista y la noche se instaló en el horizonte, acompañada del canto de los grillos, mientras el viento siseaba por entre las hojas del roble. Empezaba a rugirme el estómago, y estaba seguro de que la tía Leigh me echaría una buena bronca en cuanto volviese a casa por no haber ido a cenar, pero la niña seguía sentada junto a su amigo, y yo había decidido más de una hora antes que no iba a molestarla.

Se abrió la puerta de atrás y una luz amarilla y cálida iluminó el jardín trasero.

—¿Catherine? —la llamó Mavis—. Ya es hora de entrar, cielo. Se te está enfriando la cena. Puedes volver a salir mañana por la mañana.

Catherine obedeció: se levantó y se encaminó hacia la casa, deteniéndose un momento a mirar una vez más la tumba antes de entrar. Cuando se cerró la puerta, traté de adivinar qué quería exactamente con ese último vistazo: tal vez estaba recordándose a sí misma que aquello era real y que Bobo había muerto, o tal vez estaba dedicándole un último adiós.

Me bajé del árbol despacio para asegurarme de que saltaba y aterrizaba del otro lado de la valla, dejando así amplio espacio entre mis pies y la tumba recién cavada. El crujido de mis zapatos sobre la gravilla del callejón alteró a

algunos perros del barrio, pero recorrí el camino de vuelta en la oscuridad sin problemas... hasta que llegué a casa.

La tía Leigh estaba de pie en la puerta, con los brazos cruzados. Primero parecía preocupada, pero cuando me vio, una ira instantánea relumbró en sus ojos. Iba ya en bata, recordándome lo tarde que era. Un solo mechón de pelo cano le nacía de la sien, entreverándose con las porciones de pelo grueso y castaño de su trenza de lado.

—¿Lo siento? —ofrecí.

—Te has perdido la cena —dijo, abriendo la puerta con mosquitera. Entré en la casa y ella me siguió—. Tienes el plato en el microondas. Ahora come y luego ya me dirás dónde te habías metido.

—Sí, tía —dije, y pasé por su lado como una exhalación. Enfilé hacia la cocina, dejando atrás la mesa de comedor, ovalada y de madera, y al abrir la puerta del microondas, vi un plato cubierto con papel de aluminio. Se me hizo la boca agua inmediatamente.

—Quítale esa... —empezó a decir la tía Leigh, pero yo ya había arrancado el papel, cerrado la puerta y apretado el número dos en el panel.

Observé cómo el plato giraba en círculos bajo el resplandor de una cálida luz amarilla. El bistec empezó a crepitar, y la salsa de carne sobre el puré de patatas empezó a borbotear.

—Todavía no —me espetó la tía Leigh cuando quise abrir la puerta del microondas.

Tenía retortijones en el estómago.

—Si tienes tanta hambre, ¿por qué has tardado tanto en venir a casa?

—Estaba atrapado en lo alto de un árbol —dije, tirando del asa de la puerta en cuanto el microondas emitió un pitido.

—¿Atrapado en un árbol, dices? —La tía Leigh me dio un tenedor cuando pasé junto a ella y me siguió a la mesa.

Me metí el primer bocado en la boca y asentí, zampándome dos trozos más antes de que pudiera hacerme otra pregunta. Mi madre también era muy buena cocinera, pero cuanto más mayor me hacía, más hambre tenía; comiese las veces que comiese durante el día, o devorase la cantidad que devorase de una sentada, nunca me quedaba satisfecho. Por muy rápido que me metiese la comida —cualquier comida— en el estómago, no había manera de que fuese suficiente.

La tía Leigh hizo una mueca cuando agaché la cabeza sobre el plato para reducir la distancia entre este y mi boca.

—Vas a tener que explicarme eso —me dijo. Cuando no paré, ella se inclinó para ponerme la mano en la muñeca—. Elliott, no me hagas preguntártelo otra vez.

Intenté masticar deprisa y tragar, asintiendo con aire dócil.

—En la casa grande que hay al final de la calle hay un roble. Me subí a él.

—¿Y?

—Pues que mientras estaba ahí arriba esperando para tomar la imagen perfecta con mi cámara, salieron los dueños de la casa.

—¿Los Calhoun? ¿Y te vieron?

Negué con la cabeza, aprovechando para comer otro bocado.

—Sabes que es el jefe de tu tío John, ¿verdad?

Dejé de masticar.

—No.

La tía Leigh se retiró hacia atrás.

—De entre todos los árboles, tenías que elegir ese...

—Parecían simpáticos... y tristes.

—¿Por qué? —Al menos de momento, se le había olvidado el enfado.

—Estaban enterrando algo en el jardín. Creo que se les ha muerto el perro.

—Vaya, qué lástima —exclamó la tía Leigh, tratando de mostrar compasión. No tenía hijos ni perros, y parecía satisfecha con ese estado de cosas. Se rascó la cabeza, nerviosa de repente—. Hoy ha llamado tu madre.

Asentí, engullendo otro bocado. Me dejó terminar, esperando pacientemente a que me acordase de usar la servilleta.

—¿Qué quería?

—Por lo visto, tu padre y ella están arreglando las cosas. Parecía contenta.

Desvié la mirada, apretando los dientes.

—Al principio, siempre lo está. —Me volví hacia ella—. ¿Se le ha curado ya el ojo al menos?

—Elliott...

Me levanté y recogí mi plato y el tenedor para llevarlos al fregadero.

—¿Se lo has dicho? —dijo el tío John, rascándose la oronda barriga. Estaba de pie en el pasillo, con el pijama azul marino que la tía Leigh le había comprado la Navidad anterior. Ella asintió. Él me miró y vio mi cara de disgusto—. Pues sí. A nosotros tampoco nos gusta.

—A ver, un momento... —dijo la tía Leigh, cruzándose de brazos.

—¿Lo de mamá? —pregunté. El tío John asintió—. No hay quien se crea esa mierda.

—Elliott... —me regañó la tía Leigh.

—Es normal que no queramos que vuelva con alguien que le pega —dije.

—Es tu padre —repuso ella.

—¿Y eso qué importa? —preguntó el tío John.

Tía Leigh lanzó un suspiro y se llevó los dedos a la frente.

—A ella no le gustaría que estemos hablando de esto con Elliott. Si queremos que siga volviendo a esta casa.

—¿Es que queréis que siga volviendo a esta casa? —pregunté, sorprendido.